

## LA "OLA" EN EL FUTBOL: REFLEXIONES SOBRE LA GRUPALIDAD.

Horacio C. Foladori Abeledo  
En homenaje a Enrique Pichón-Rivière

Pichón Rivière difícilmente faltaba a un partido de River en Buenos Aires. Su apasionamiento por el fútbol tiene larga data, desde su infancia acostumbraba a practicar ese deporte y no en pocas ocasiones utilizó el fútbol como una forma de terapia <sup>(1)</sup>. No se trata aquí de realizar un seguimiento y análisis de los vínculos entre Pichón y el deporte del gol; sí nos interesa señalar lo mucho que el fútbol le brindó como enseñanza, como espacio para objetivar sus ideas sobre la grupalidad, como marco rico en matices y alternativas para estudiar el movimiento y las manifestaciones, así como de los efectos de aquello que, para cualquier aficionado solamente tenía un interés transitorio. Pichón, en cambio, no solamente se apasionaba con el juego mismo, sino que además era capaz de realizar una lectura diferente del acontecer en la cancha y proponer modelos interpretativos sobre determinadas problemáticas que se sucedían entre los equipos contendientes en el terreno de juego. "Correr atrás de la pelota" no era una mera actividad impulsiva; tampoco respondía inequívocamente a la maestría de un Director Técnico que había sabido transmitir a sus "muchachos" una suerte de estrategia inequívoca para alcanzar el triunfo, menos aún tenía que ver con cierta condición de "locatario" o de "visitante" como para alzarse con un marcador favorable. Pichón podía desde lo alto de la tribuna realizar un tipo de diagnóstico y "pronóstico" aplicando algunos conceptos analíticos que su formación como psicoanalista le obligaba a utilizar a diario. Así, su lectura sobre los "errores" en los pases lo inducían a reconocer "obstáculos grupales" para alcanzar la meta; porque allí estaba el problema: había que meterla. No son pocos los artículos y clases donde Pichón ejemplifica algún concepto del grupo operativo con situaciones de la cancha <sup>(2)</sup>.

(1) V. Zito Lema: Conversaciones con Enrique Pichón Rivière, Ed. Cinco B.A., 1976.

(2) E. Pichón Rivière: El concepto de portavoz, Ilusión Grupal Nº 1. UAEM, Cuernavaca, 1989.

"El entendía que había que constituir un equipo de fútbol con un grupo de jugadores sin tensiones, que los jugadores de fútbol antes de jugar en la cancha bordeada por dirigentes y público, tenían que jugar en la cancha interna. El decía que si alguna vez hubo un equipo de fútbol aquí, fue el denominado la "máquina", de River, porque aquellos hombres no necesitaban mirarse para saber dónde estaban ubicados, y no lo hacían por poseer dotes mágicas o tener conocimientos parapsicológicos sino porque jugaban en la cancha interna primero, estaban mentalmente ubicados el uno respecto al otro y así todos. La máquina era esencialmente psicológica, antes de ser deportiva, quizás lo deportivo no era más que una proyección de todo lo otro" <sup>(3)</sup>.

En esta ocasión, y a partir de la distancia adicional que nos suministra el televisor, pretendemos acercarnos a un fenómeno que se ha hecho común en nuestro medio y que incluso se le atribuye a México una cierta paternidad. Nos referimos a la famosa ola que "apareció" visiblemente para el mundo, cuando el Mundial de Fútbol de México del '86. Si bien esta paternidad es altamente discutible, el fenómeno en sí, inusual, abrupto y masivo en el estadio, configura a nuestro juicio algún tipo de síntoma sobre el que se podrían aplicar algunas conceptualizaciones pichonianas y de otros autores.

La anécdota es conocida: 22 jugadores en la cancha y tres referis; alrededor - siguiendo el modelo del circo romano - tal vez unas 70 mil personas que no dejan de mover la cabeza según la dirección que tome la pelota. Lo que sucede con ella es el motivo de las manifestaciones de los concurrentes. Nada de lo que le ocurra al mencionado objeto es ignorado por la totalidad de los asistentes. Las cámaras de TV siguen el esférico desde varios ángulos. De repente, las cámaras se posan sobre las tribunas, se olvidan del partido, ignoran a los jugadores, y transmiten una visión magestuosa donde sincronizadamente y por turnos según les "toque", los 70 mil cristianos se ponen de pie de golpe y vuelven a sentarse. Este acto colectivo, masivo, conforma para el espectador de TV la imagen de una onda ondulatoria que ha sido bautizada

(3) U. Barrera: Desde el tablón, La opinión cultural, B.A. 22 de junio de 1975.

como "la ola". Da una vuelta al estadio y en general se apaga aunque según el caso, puede dar hasta dos. Al poco tiempo, este fenómeno puede volver a repetirse.

Decía que con la ayuda de la televisión podemos tomar un poco más de distancia del fenómeno, ya que si nos encontramos en la tribuna, la sensación es de participar en un acto sin tener clara conciencia de dónde vino y hacia dónde va, de porqué, de cómo, pero lo que prima es esa insistencia casi compulsiva a ponerse de pie en un momento preciso, cuando la ola "lo envuelve" y sobre todo para evitar que "rompa".

Hasta aquí el relato de la experiencia; ahora veremos qué conclusiones pueden extraerse de su análisis.

1.- La primera pregunta que surge desde la distancia, ante esa masa humana que asiste al partido, se sitúa en el orden de la expectación. ¿Qué es lo que toda esa gente va a ver, que es lo que va a haber? Esta dicotomía entre el ver y el haber establece los parámetros del partido ya que la expectativa marcada por el ver se sitúa en un continuo donde aparecerá como un hito, el haber. Si hay o no es otro problema desde la perspectiva de la realidad; en todo caso, no deja de ser significativo que si hay mucho, es como si no hubiera, un poco como Freud planteaba el problema en la Cabeza de Medusa. La gente sale entonces con una sensación de aburrimiento, de desgano, incluso de repulsa. Por tanto, el haber debe ser medido, no tanto por lo numérico sino por la calidad de su medición: debe ser dificultoso, trabajoso y trabajado, elaborado, sorteado paulatinamente en sus obstáculos más significativos. En suma, lo que debe de haber es el gol y los asistentes, mirones, espectadores, van a ver si ello se da, ejercitan su curiosidad. Como el lector puede apreciar no sería difícil realizar toda una serie de deducciones sobre la significación psicoanalítica del fútbol, continuando algunas de las líneas iniciadas en esta exposición, u otras. Pero dicho eje de profundización no es el objetivo de nuestras inquietudes. Si, nos interesa continuar con el desarrollo de la grupalidad. Por tanto, el gentío que se reúne, asiste para ver si en algún

momento se da eso que constituye el momento máximo del "encuentro" y que para Pichón constituía la meta de los jugadores: lograr que el balón penetre - según las limitaciones estipuladas por el reglamento, o incluso violándolo (recordemos el famoso caso de la "mano de Dios" o el otro llamado "el gol de la valija") - por un determinado hueco, tarea que a su vez un avezado individuo con todas las características del palmípedo implume, tratará de impedir.

2.- Debe recordarse que la realización de un gol constituye el momento de excitación máxima de la fiesta. No es necesario remitir a un lapso orgásmico para darse cuenta que es el instante en el cual todo el estadio participa; la única vez que participa, el momento en el cual el espectador se unifica en un mismo grito hasta tal punto que, aquellos humanos que se dignan vivir en las inmediaciones del estadio, se percatan de la existencia del gol por el grito jubiloso que emerge al unísono de 70 mil gargantas: el estadio "ha hablado". Insistimos en que el grito unificado trasciende la división entre los aficionados de un equipo y los del otro. El gol, el rey, se ha hecho presente y frente a él, se cumple la expectativa, más allá de que haya sujetos que enmudezcan ante este grito, y "como el que calla otorga", el grito solidifica momentáneamente a todos esos seres anónimos, porque se ha cumplido el deseo. El gol está por encima de los subgrupos, el acontecimiento cala más hondo que las diferencias partidarias, se conecta con la esencia misma de la grupalidad.

3.- Ahora bien, el gol no solamente tiene efecto a nivel verbal, no solamente los espectadores lo gritan. El gol opera como un disparador de otras manifestaciones motoras: los individuos, como lanzados por una catapulta, saltan en sus asientos y se ponen de pie. Es el momento en el cual todo el estadio se pone de pie.

Luego sobrevienen algunas reacciones individuales de gesticulación, movimiento de banderas, hacer sonar cuernos y bombos, etc.; pero el acto de levantarse y ponerse de pie es unánime; por tanto, hasta allí esa masa humana ha actuado con una respuesta única. (Se podría también decir que "han actuado como un solo hombre", expresión que nos parece

riesgosa ya que nos llevaría a antropomorfizar a la masa, sobreaviso que agradecemos a Colapinto<sup>(4)</sup>

4.- Es indudable que aparentemente nos hemos alejado un tanto de la ola y sin embargo... Estamos sobre el mero punto en cuestión, en condición ya de formular nuestra hipótesis primaria: La ola expresa el deseo de la masa de que se realice el gol. Como realización de deseos es parcial, porque cuando se presenta como alucinación - por ejemplo en el caso de un tiro a gol que pasa muy cerca, incluso que golpea la red por fuera - el público se para y grita el gol, que momentos después queda ahogado en la frustración al desvanecerse la alucinación. Por ello, el ponerse de pie motivado por la ola, engloba a los asistentes y les hace manifestar de ese modo parcial su deseo de que el partido se "caliente" y se pueda meter la pelota donde corresponde. Recordamos que a través de la TV es posible percibir también la mirada discriminadora del Director de cámaras que tan pronto sigue la jugada del gol como inmediatamente después enfoca a las tribunas para mostrar el "ambiente" que el gol ha generado. Su "lectura" del partido pretende ser la de la emoción y sigue tanto el movimiento de los jugadores como aquel de los espectadores. Así, todo lo que pueden hacer los espectadores - por una cuestión un tanto física - es ponerse de pie y/o gritar. En el circo, el problema de comer - el "pan" - es algo que cada quien utiliza según sus posibilidades y gula.

5.- Ahora bien, ¿por qué razón el movimiento de la gente adopta la forma de una ola? Acá habría que hacer un razonamiento por el absurdo: ¿de que otra forma se podría expresar sincronizadamente dicha masa? Porque no se trata de que alguien se ponga de pie y los demás lo sigan; en todo caso, hay mucha gente que por los más diversos motivos se pone de pie, y ello no ocasiona una ola. Una golondrina no hace verano, no se puede esperar un cierto efecto colectivo que parta de un sólo sujeto, a pesar de lo que diga Anzieu a través de su noción de resonancia fantasmática<sup>(5)</sup>. El movimiento es algo que va circulando. Ola es la metáfora

(4) J. Colapinto: La psicología grupal: algunas consideraciones críticas, Revista argentina de psicología Nº 8, B.A., Nueva Visión, 1971.

(5) D. Anzieu: El grupo y el inconsciente, Bib. Nueva, Madrid, 1986.

que utilizamos, el nombre que le ponemos a algo que remite a una onda en una superficie curva e inclinada. Ola es una interpretación. El ponerse de pie no tiene que ver con una intencionalidad más allá de la urgencia a afiliarse a un movimiento expresivo. Lo desconcertante es la sincronía y ella nos remite a honduras mayores, en la conceptualización. Por tanto, la masa humana móvil, ondulante reproduce mejor la seducción y el encanto del mar. Por ello, los mortales pueden pasarse horas mirándolo, admirándolo en su movimiento constante, imperturbable y permanentemente desigual, porque cada ola es distinta de las anteriores, y de las que vendrán. No hay nada en la naturaleza que tenga estas características. Por ello, la ola es una, recorriendo con fuerza el estadio. No habría posibilidad humana de planificar dicha ola ex profeso. Se da como un acto natural, espontáneo en su devenir.

6.- Sin embargo, no podemos dejar de lado el plantearnos el problema del origen de la ola. ¿Cómo se inicia, dónde, cuándo etc.? Es obvio que una ola no es iniciada por un individuo cualquiera de los 70 mil del estadio. También es obvio que un grupo de gente no está en condiciones de promoverla. Es probable que dicha "largada" tenga que ver con algún tipo de planeación, sin embargo, aunque supongamos que un grupo más o menos numeroso de fanáticos se haya confabulado, existen otros fenómenos que no se explican por la acción de un grupo más o menos reducido de personas. Por ejemplo, se puede ver que hay olas que tienen éxito y hay otras que "fracasan", van perdiendo fuerza y se diluyen al poco tiempo de haber "nacido". El inicio no determina la forma ni la sincronización; esto es, no se puede explicar desde el punto cero por qué la gente se va metiendo en ella, sin orden y acuerdo previo. Hay un grado de afiliación que está más allá que cualquier planeación que pueda existir. Además, está el problema del fanatismo partidista. La ola incluye a todos y no solamente a los encumbrados sostenedores de una escuadra en especial. Podría pensarse que en un inicio, son casualmente los grupos selectos, la alcurnia de un equipo quienes promoverían la ola. Cuesta bastante trabajo explicar cómo diablos tales empecinados sujetos pueden convencer a sus más asérrimos opositores de que participen junto con ellos en un movimiento

de tipo colectivo. Mas bien los matarían uno por uno como chinchas, a menos que... pudiera pensarse en "otra cosa", "otra escena", desde donde se alcanzara a explicar esta integración. No, el problema de los orígenes, si bien requiere de un análisis más pormenorizado, no determina la naturaleza del fenómeno posterior, que - podríamos suponer - adquiere (sin saberse muy bien cómo) un determinado grado de autonomía otorgándole identidad y especificidad propia.

7.- Ahora bien, cuestionémonos sobre el tema de la verbalización de la masa, de la expresión de la grupalidad por medio del lenguaje. Estamos frente al llamado discurso grupal y que desde la observación de un participante no técnico, tiene más de discurso incoherente que de grupal; esto es, si se trata de un grupo que pretende realizar una actividad o tarea. Tal es así que el registro de lo verbalizado no necesariamente sigue un eje único: los distintos participantes se van alternando expresando ideas que muchas veces nada tienen que ver con lo dicho por el participante anterior; en otras ocasiones se preguntan y se contestan desfazadamente, incluso siempre hay alguien que expresa un sentir o una idea que a primera vista resulta descontextualizada. También, no falta aquel que hace algo en vez de hablar o mientras habla. Todo esto brinda del grupo en cuestión una imagen caótica para el no iniciado.

Hace poco, me enteré de que Ferschtut en 1972, en sus clases<sup>(6)</sup> mencionaba el hecho de que los miembros del grupo hablan como los sobrinos del Pato Donald. Claro está, Ferschtut lo decía desde la lectura que podía hacerse de la latencia grupal, de la fantasía grupal producida por el grupo y su desarrollo durante la sesión. En este sentido sus maestros fueron aquellos que postularon la psicoterapia del grupo,<sup>(7)</sup> haciendo referencia a la concepción del grupo como una totalidad, como un solo aparato psíquico que se expresa en un discurso único y coherente según el modelo postulado por Bion y Ezriel. Este modelo, que llegó al extremo de proponer el término de "enfermedad grupal"<sup>(8)</sup> en la que se inscribían las enfermedades individuales,

(6) Juan Tubert: El grupo operativo de aprendizaje, IPS, D.F. 1991, P. 95

(7) Grinberg, L. Langer, M. y Rodrigué, E.: Psicoterapia del grupo, Paidós, B.A. 1957.

(8) Garbarino, H.; Freire de Garbarino, M., Mieres de Pizzolanti, G.: Psicoanálisis grupal de niños y adolescentes, AEM Montevideo, 1971.

está, de antemano, realizando una lectura del discurso desde su particular punto de vista. Pero debe entenderse que hablar como los sobrinos del Pato Donald, para Ferschtut quiere decir que los participantes inconscientemente lo hacen así, sin percatarse de ello, en tanto "el grupo" los hace "intervenir" según sus propias determinaciones. A ninguno de los participantes del grupo le queda claro que así sea, a diferencia de cuando uno lee una tira cómica del Pato Donald.

Por nuestra parte, estábamos interesados en estudiar los efectos de la grupalidad, pero los efectos visibles para cualquier mortal. Y en tal sentido es que propusimos observar al grupo cuando algunos de sus integrantes no solamente coordinan sus verbalizaciones, sino que además logran construir una oración,<sup>(9)</sup> vale decir, unificar una sintaxis de una manera espontánea que aparece en el discurso manifiesto. Fenómeno más bien poco usual, pero que puede observarse entre dos o tres personas que aparentemente están muy de acuerdo en lo que estaban diciendo. EL interrogante que nos surgía<sup>(10)</sup> proponía pensar qué suerte de estructura latente podía dar cuenta de tal articulación, cómo podría explicarse ese fenómeno que suponía una operación que incluía a más de un aparato psíquico ya que a nuestro juicio, ello suponía un emergente privilegiado que daba cuenta de uno de los momentos de mayor productividad grupal, lo que no excluía que hubiesen otros tipos de emergentes que pudieran marcar idénticos momentos a través de otras formas.

Retornando a nuestro ejemplo de la ola, creemos que algo de esto debe darse cuando el público en el estadio exclama: ¡GOL!. Al unísono, como frente a la necesidad de ponerle nombre a lo visto, se logra una coincidencia en palabra y acción donde el júbilo se comparte por constituirse como el momento deseado. La felicidad desbordada por ello (recordemos la propuesta freudiana sobre la realización de un deseo infantil).

(9) Foladori, H. Experiencia didáctica grupal: entrenamiento en entrevista abierta, Expresión Universitaria, N° 3 UAEM, Cuernavaca, junio 1984.

(10) Foladori, H.: Hacia una teoría de lo emergente en grupo operativo, Ilusión Grupal N° 3, UAEM, Cuernavaca, 1990.

8.- La grupalidad se cuela con su conjunto de efectos entre lo singular y lo colectivo. Así, se han ido sucediendo propuestas y modelos que proponen atenciones más o menos complejas tanto de lo individual como de lo social para abarcar los fenómenos con que la grupalidad desafía a la producción científica. Entre los autores que han pretendido aportar a dicha problemática, es sabido que Pichón Rivière se ha colocado en un lugar muy especial. Su propuesta de la horizontalidad y la verticalidad, donde no se privilegia ninguna de ambas instancias sino el punto de intersección, resulta en una fórmula ingeniosa donde el emergente "brota"; entramado más o menos estático donde la grupalidad se expresa "en otra dimensión". Esta propuesta ha sido bien recibida por muchos autores ya que, si los grupos se articulan en un espacio intermedio el pasaje suave e hilvanado entre lo singular y lo colectivo, tal vez sólo deje problemas de fronteras. Ana María Fernández siguiendo a Käs sugiere un estudio más profundo de la categoría de intermedio, pero reconoce "que esta caracterización de los grupos como mediadores, es decir, como espacios intermedios entre "individuos" y "sociedades" lleva implícito cierto concepto operativo, a través del cual dados dos conjuntos diferentes previamente demarcados habrá que, posteriormente, buscar sus relaciones, sus puentes articuladores. A su vez, y correlativamente con lo anterior, dadas dos disciplinas ya constituidas - psicología y sociología se vuelve necesario demarcar nuevos campos disciplinarios intermedios, articuladores. En este caso, una psicología de los grupos. Esta noción articuladora es el concepto de intermedio".<sup>(11)</sup> Si bien a mi juicio creo que la propuesta resulta interesante para ser estudiada, me parece que la misma sufre un efecto de malformación genética. La producción científica no puede generar espacios intermedios como lugares teóricos en tanto no pueda definirse una instancia independiente, sustancialmente nueva. El espacio intermedio no es más que eso, un recurso que tiene más de descriptivo que de grupalidad. Si bien se evitan dos ficciones: "la figura del gran individuo o el espejismo de los grupos como intencionalidad", no por ello aparece delimitado el territorio con características propias. La grupalidad

(11) Ana Ma. Fernández, El campo grupal, B.A., Nueva Visión, 1989.

no existe por sí misma sino por exclusión, acto que le quita no solamente identidad sino también movimiento. Vale decir, la grupalidad es despojada de materialidad, de sus propias leyes, ya que su existencia depende de lo definido en otros lados como espacio intersticial. No puede ser productora de efectos sino es efecto de producciones, ha perdido su autonomía.

Por ello, me parece que si bien Pichón genera un lugar de encuentro, no por ello queda atado al plano en el cual se da el cruce de la horizontalidad con la verticalidad. El emergente no cabe en dicho plano ya que el entramado no podría dar cuenta del surgimiento de una diagonal, en todo caso la diagonal sería un efecto de rebote que se sale del plano (bidimensional) para generar efectos espaciales múltiples. En este sentido, creo estar más cerca de Guattari, ya que la transversalidad podría dar cuenta de ese atravesamiento de la tela. Sin embargo la concepción guattariana propone una transversalidad del grupo, como si se pudiera hablar de tres dimensiones (horizontalidad, verticalidad y transversalidad) que determinarían de mil formas la emergencia de la grupalidad que se definiría como una cuarta dimensión.

9.- El tema anterior no deja de abrir nuevos interrogantes acerca de la naturaleza misma "motivacional" del fenómeno. Dicho de otro modo, más analítico, lo que se puede discutir es si el deseo que promueve este motivamiento masivo se constituye como una afrenta individual que puede colectivizarse - según el modelo de la resonancia fantasmática -, o por el contrario, es pensable un deseo que responda a otros niveles más complejos de integración de lo psicosocial - que daría cuenta de lo que podríamos llamar concepción grupalista. Tal vez convenga para evitar caer en ciertos pozos positivistas, descentrar el sujeto y permitirse fantasear con la ficción de las máquinas deseantes tal como lo proponen Deleuze y Guattari<sup>(12)</sup>. Me parece que la problemática del sujeto, nos mantiene un poco atrapados en modelos antropomórficos donde el aparato psíquico de Freud (bueno, el que Freud propone, en todo caso) es extrapolado a una estructura colectiva y

(12) G. Deleuze y F. Guattari: El antiedipo, Banal, Barcelona 1973.

entonces se habla de que el grupo, desea, el grupo siente, el grupo piensa, etc., aspecto que a mi juicio ha sido justamente criticado por varios autores, como se señaló.

Sin embargo, si es pensable una grupalidad según un modelo maquinista no necesariamente hay que caer en ese tipo de concepción ya que el sujeto aparece como inexistente, todo se produce y reproduce en una retroalimentación constante. Debe recordarse que la problemática del sujeto psíquico no fue una preocupación freudiana. ¿Es posible un inconsciente sin sujeto?.

Saidon, siguiendo a Elías Canetti propone la idea de que el grupo funciona como una máquina de guerra, en el entendido de que se está permanentemente construyendo: "La máquina de guerra es lo contrario de un ejército. La máquina de guerra es una cosa que permanentemente evita que el estado, o la organización capturen el deseo. El deseo no puede ser criticado pues él produce el tiempo todo, sólo puede ser agenciado o capturado en una determinada situación histórica" (13).

(13) O. Saidon: Modernidad inconsciente y grupos, Lo grupal Nº 4, B.A., Ed. Búsqueda, 1987.

## GRUPOS E INSTITUCION (\*)

René Lourau  
París

Como todo objeto, los grupos son susceptibles de varios niveles de análisis. El análisis institucional (AI) nació de la crítica a los métodos de grupo centrados en el grupo. El grupo, con las estrechas delimitaciones establecidas por el modelo de análisis de tipo grupo de diagnóstico, condujo a lo que llamo el GRUPISMO. Sin embargo, de la psicología el AI heredó el campo de intervención microsocial. Al inicio nos era difícil ver a los grupos sólo desde su transversalidad institucional. Llegamos a decir a propósito de tal o cual fenómeno: "esto es dinámica de grupo", y oscilábamos entre dos niveles de análisis, donde uno aparecía como el parásito del otro.

Tuvimos que entablar una lucha contra la ideología grupista, que era muy fuerte en las poblaciones que nos planteaban encargos de intervención socioanalítica: grupos marginales de las iglesias católica y protestante; asociaciones de educación popular marcadas también por el militante religioso de izquierda; trabajadores sociales confrontados con su oficio imposible, etc. Curiosamente, este grupismo de origen afectivista, fusional, se encontró reforzado o reemplazado en 1968 por el grupismo grupuscular de tendencia política anti-institucional. El modelo de la Asamblea General (A.G.) fué transportado así

(\*) La presente versión en castellano se basa íntegramente en la contribución de René Lourau al libro colectivo Perspectives de L'Analyse Institutionnelle editado en París en 1988 por Meridienes Klincksieck en su colección Analyse Institutionnelle dirigido por R. Hess y A. Savoye.

Valga mencionar que este texto fué pronunciado por su autor en Madrid en 1984 como conferencia, auspiciada por el Centro Internacional de Investigaciones en Psicología Grupal y Social, dirigido por A. Bauleo. Más tarde fué incluido en el capítulo "El Grupo y la Institución. Teoría de los grupos de interferencia". Dentro de la compilación de trabajos diversos del autor que bajo el título L'Imagination Socianalytique espera su publicación desde 1985. (Nota de presentación de Marcelo Carrillo)